



## Ruperto volador

Aquel día era un día como tantos. Hacía rato que había salido el sol y los pájaros con su canto, sus chillidos, sus gritos, toses, aleteos y todo ese alboroto que hacen de mañana, lograron algo que casi nadie había logrado jamás: despertar a Ruperto muy temprano.

Y eso lo ponía de muy mal humor. Porque, bueno, todo sapo héroe detective número uno e ídolo de 325.548 niñas y niños necesitaba por lo menos unas doce o trece horitas de sueño.

Entonces Ruperto se levantó de su cama de gomas de borrar, se puso su gabardina y su sombrero y salió a dar una vuelta a la insólita hora de las once de la mañana.

Para él, eso era de madrugada.

Los demás bichos no podían creer lo que veían.



- —¿Qué hacés levantado a estas horas? —le preguntó la rana vieja.
  - —Nada, ¿no puedo madrugar un día?
- —¿Qué hacés levantado a estas horas? —le preguntó el sapo Jeremías.
  - —Nada, ¿no puedo madrugar un día?

Cuando ya iba por la respuesta número 500.020, porque acababa de pasar junto a un hormiguero, Ruperto estaba un poco molesto.

Hacía calor, y más si uno llevaba puesta una gabardina en pleno verano. Decidió ir hasta la orilla del arroyo para darse un bañito.

Pero cuando llegó a la orilla vio algo que lo llenó de asombro, de sorpresa y hasta de barro, porque acababa de meter la pata en un pozo.

Allí, junto al agua del arroyo Solís Chico, había un sapo enorme. Pero no es que fuera enorme solo por lo grandote, sino que era un sapo musculoso, con patas y brazos anchos como los de esos que pasan todo el día en el gimnasio.

Eso no era todo. El sapo grandote y musculoso estaba rodeado de una, dos, tres, cinco... sí, cinco sapas y algunas ranas que lo miraban con admiración y se reían de todo lo que decía.

Y de nuevo, eso no era todo, pues entre las ranas recién mencionadas estaba también Tamara, que como todos saben, porque





salió hace poco en los programas de chusmeríos, era la novia de Ruperto.

El sapo grandote flexionaba sus músculos y respiraba hondo para sacar pecho. Las sapas y ranas decían *ohhh* y *ahhh* con admiración.

Ruperto se quedó congelado por lo que veía y también por una barra de hielo que había caído de un camión frigorífico.

Como buen detective que era, se hacía toda clase de preguntas:

- —¿Quién es ese sapo?
- —¿Por qué las sapas y ranas lo rodean y dicen ohhh y ahhh?
- —¿Qué hace la rana Tamara ahí?
- —¿Qué es lo que me está picando en una nalga?

La última pregunta tenía que ver con un mosquito que atacó a Ruperto a traición.



—¡Hola, Ruperto! —saludó Tamara al verlo—. ¿Qué hacés levantado a estas horas?

Ruperto miró al sapo grande y musculoso. Estaba medio..., un poquitito..., bueno, bastante celoso, pero no quería que se le notara. Decidió disimular.

—Nada, acá, paseando, es un lindo día para madrugar. ¿Y vos qué hacés?

—Nada —dijo Tamara—, acá, acompañando a una amiga, con Heriberto, el nuevo salvavidas.

Ruperto se sacó el sombrero y se rascó la cabeza.

—¿Salvavidas? ¿Desde cuándo hay salvavidas para bichos en el arroyo Solís Chico?

—Es algo nuevo, Ruperto —explicó Tamara—. Es por nuestra seguridad.

Ruperto trató de recordar cuándo había sido la última vez que se ahogó algún bicho ahí. La respuesta de su cerebro privilegiado no tardó ni tres minutos: nunca. Eso se debía a que los peces saben nadar, los cangrejos caminan bajo el agua, los sapos y las ranas nadan y los demás bichos no se meten al arroyo.



- —Acá hay gato encerrado —dijo en voz alta.
- —¿Un gato? ¿Dónde? —Tamara miró para todos lados.
- —Es una manera de decir, es como decir que acá hay algo sospechoso.
- —¿Sospechoso? ¿Te parece que Heriberto es sospechoso de algo? —preguntó Tamara.

Ruperto miró al sapo grandote. Caminaba como si fuera el rey del mambo. Las bichas iban atrás como en una manifestación reclamando un aumento del dos y medio por ciento en sus sueldos. Y el sapo Heriberto, con una voz grave, saludaba a los demás bichos que estaban ahí.

- —Buen día, don cangrejo —decía y sacaba pecho.
- —Buen día, doña rana —repetía y saludaba con sus brazos musculosos.
- —Buen día, sapo extraño vestido de gabardina y sombrero en pleno verano...

Heriberto había llegado hasta donde estaba el sapo vestido de gabardina y sombrero.

- —Me llamo Ruperto Sapo Sapo, soy detective, él héroe, el ídolo de este lugar y algunos más —dijo Ruperto con total humildad.
- —¿Ah sí? A Heriberto le habían dicho que había un sapo medio chiflado por acá, así que supongo que sos vos.

Ruperto pensó de nuevo en decirle un montón de cosas, pero miró a los costados y vio que ahí, sobre la arena, jugaban ranitas



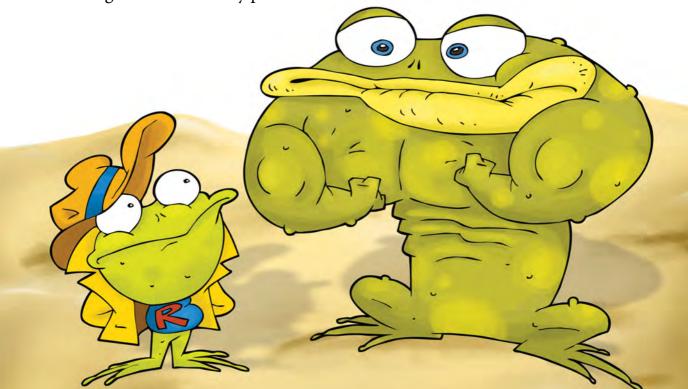
y sapitos y muchos bichitos más con diminutivos, como se estila en los cuentitos para niñitos pequeñitos. Así que prefirió no decir lo que tenía muchas ganas de decir.

—¿Y a vos quién te nombró salvavidas? —preguntó.

El sapo Heriberto flexionó sus músculos. Las sapas y ranas hicieron *ahhh* y *ohhh*.

—Bueno, Heriberto se nombró solito, se dijo: "Heriberto, es hora de que seas salvavidas".

Ruperto lo miró de arriba abajo: estaba grandote aquel sapo insoportable que hablaba en tercera persona, como algunos jugadores de fútbol y políticos.





- —¿Siempre hablás solo?
- —Heriberto habla a veces solo y a veces a los demás —dijo el grandote y volvió a sacar pecho y mostrar sus músculos.

Las sapas y las ranas hicieron *ahhh* y *ohhh* de nuevo. Ya se estaban poniendo medio pesadas con eso.

Pero eso no molestaba a Ruperto. No tanto. Lo que molestaba a Ruperto un poquitito..., bueno, algo más que un poquitito..., bueno, digamos que bastante, era que entre ese grupo de sapas y ranas estaba también el amor de su vida y bajada, la luz de sus ojos, la razón de su existencia.

No, no era el *play station*. Los sapos no tienen. Era Tamara Rana, su novia.

Ruperto le hizo una seña a Tamara y ella se acercó.

- —¿Qué te pasa, Ruperto? Te noto raro —le dijo ella.
- —Eso me dicen siempre, ¿no? Un sapo de gabardina y sombrero es bastante raro.
  - —No, digo, más raro que de costumbre.

En ese momento Heriberto decía algo y las sapas y ranas decían *ahhh* y *ohhh*.

Entonces Tamara miró hacia el lugar donde estaba Heriberto y luego a Ruperto y se dio cuenta.

- -¡Vos estás celoso! —dijo y sonrió.
- —¿Yo? ¿Celoso yo?
- —Sí, mi gordito comedor de moscas, estás verde de celos.





- —Siempre fui verde, ¿te acordás? Soy un sapo, y no estoy celoso para nada. Si acá el héroe soy yo, ¿de qué voy a estar celoso?
  - —De Heriberto.
- —¿De quién? ¿De ese sapo musculoso y grandote? ¿De ese sapo musculoso y grandote rodeado de bichas? ¿De ese zapallo con patas y cara de choclo granulado? ¿Celoso yo? ¡Haceme el favor!

Ruperto, verde de celos y verde de verdad, se alejó.

Tamara Rana se quedó mirando cómo se iba por la arena hacia el comienzo del bosquecito donde otros bichos tomaban mate en un dedal de plástico.

- —Te veo medio mal, Ruperto —le dijo la rana vieja al verlo llegar.
  - —; Mal yo? Para nada, doña rana, estoy fenómeno.

La rana vieja, que sabía por vieja pero más sabía por rana, miró hacia la orilla, vio al sapo grandote, a las bichas y a Tamara.

- —Vos estás celoso —dijo.
- —¿Celoso yo? ¿Yo celoso? Para nada, doña, para nada.

Jeremías, que tomaba mate en silencio, mirando cómo Heriberto movía los músculos, de pronto quiso intervenir.

- —Ese sapo está agrandado —dijo.
- —Sí —dijo la rana vieja—, está grande.
- —No, digo agrandado, creído, que es muy pedorro.
- —Pedante, Jeremías, se dice pedante.
- -Ah.





Pero pedante o lo que fuera, Ruperto se alejó hacia el bosque pensando. Su cerebro volvió a hacerse un montón de preguntas.

¿Por qué las sapas y ranas decían ahhh y ohhh?

¿Qué era ese dolor otra vez en su nalga?

Ruperto se dio vuelta de golpe. Ahí estaba otra vez el mismo mosquito.

—¿Qué te pasa, te la agarraste conmigo hoy?

—Perdón —dijo el mosquito y se alejó zumbando hacia un señor pelado que pasaba por la callecita del balneario a unos cincuenta metros. Los mosquitos tienen una vista increíble.

Ruperto decidió que tenía que hacer algo que impresionara mucho al amor de su vida, a su otra mitad, a la razón misma de su existencia. No, no nos re-

ferimos a un televisor LCD de 42 pulgadas. Los sapos no tienen televisión. Nos referimos a ella, Tamara Rana.

Ruperto miró hacia la orilla y vio a Heriberto: joven, musculoso, algo lento. Se miró él mismo: gordito, algo veterano, bastante inteligente.

Suspiró, miró hacia el cielo celeste y vio pasar una bandada de pájaros.

Entonces tuvo una idea.

No, no iba a hacer gimnasia para adelgazar. Iba a hacer algo que impresionara mucho a su novia. Algo que hiciera que todas las sapas y ranas hicieran *ahhh* y *ohhh*, pero por él, por su valentía, inteligencia y audacia y, y, y... Nada, se quedó sin más palabras.

Entonces se metió en el bosque a buscar todo lo que necesitaba.

Durante dos días no se supo nada más de Ruperto. Todos estaban extrañados. Incluso Tamara, que había ido un par de veces hasta su cueva sin encontrarlo. ¿Dónde se había metido?

Mientras tanto, el sapo Heriberto seguía por la orilla flexionando músculos para impresionar a las bichas, que ya se estaban aburriendo un poco de hacer siempre lo mismo.

Pero de pronto sucedió algo.

Un sonido, una voz de sapo algo ronca y cansada, retumbó por el arroyo. Todos miraron hacia arriba y vieron pasar un avión. Luego miraron más abajo y vieron que allá, arriba del todo, en el borde de un altísimo barranco de como dos metros de alto, estaba el mismísimo Ruperto.

Tamara abrió la boca para decir *ohhhh* y *ahhhh* por la sorpresa, porque Ruperto parecía tener... ¿Sería posible? Sí, ¡tenía alas! Como de pájaro. "¿Qué habrá hecho ahora?", se preguntó Tamara, pero no se contestó.





—¡Hola, Tamara! ¡Mirá lo que hice! —gritó Ruperto señalando sus alas.

En realidad era una armazón hecha con ramitas muy finas atadas con juncos, cubierta con pedazos de papel de diario sacados de la basura. La idea le había venido al ver volar a los pájaros, claro.

—¡A ver si ese zoquete grandote puede hacer esto! —exclamó Ruperto, tomó carrera y saltó hacia el vacío.

Esta vez no solo las bichas, sino todos hicieron *ohhhh*, y luego, cuando Ruperto, en lugar de caer en picada y hacerse pelota contra el suelo, salió disparado por el viento como una flecha, todos hicieron *ahhhh*.

—¡Se va a reventar! —exclamó la rana vieja.

Los bichos mayores taparon los ojos de los bichos más chicos. No querían que vieran a su héroe reventado contra el suelo.

Las sapas y ranas quisieron comerse las uñas de los nervios y el miedo, pero no tenían. Uñas, nervios sí.

Los ojos de Tamara se llenaron de lágrimas, por el miedo, por la emoción y por la arena que tiró Heriberto, enojado al ver que nadie le prestaba atención a él.

Desde allá arriba Ruperto miraba hacia abajo y veía el arroyo, la orilla y a Tamara chiquitita así. La sensación era increíble, se sentía como un pájaro, un avión, como Súperman.

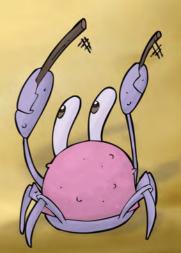


Veía que todos saludaban con sus brazos, patas, pinzas, alas y con lo que fuera. Su pequeño corazón latía acelerado. Su panza hacía toda clase de ruidos. Entonces decidió saludar él también y descender en vuelo rasante para impresionar a Tamara aún más.

—¡Hola a todos! ¡Soy yo, el gran Ruperto voladoooooor!

Y comenzó a bajar y bajar hacia la orilla, más y más y más rápido. Los bichos hicieron *ohhhh* y *ahhhh* al verlo venir hacia ellos, veloz como un cohete.

—¡Ruperto, cuidado! —gritó Tamara y tuvo que agacharse pues su amorcito acababa de pasarle apenas unos centímetros por encima.



Se oyó un sonido como *¡plshfjt!* o algo así, imposible de pronunciar. Una nube de arena lo cubrió todo. Por un momento hubo un silencio total en el arroyo.

¿Sería el fin del héroe más famoso del Solís Chico? ¿Terminarían aquí para siempre sus aventuras? ¿Tendría que volver a las ocho horas su autor?

La nube se disipó lentamente. Tamara aguantó la respiración. El sapo Jeremías también, pero casi se desmaya por falta de aire.

Y allí estaba: Ruperto, el número uno, el ídolo, incrustado de cabeza en un médano. Sus alas rotas a los costados. Moviendo las patitas.

Tamara corrió, todos corrieron, pero Ruperto, despacio, feliz como una lenta maravilla caída del cielo, se levantó solito y saludó sonriente y triunfal.

—¡Volé! —decía—. ¡Volé! ¿Lo vieron?



No pudo terminar de hablar. Tamara llegó como un meteorito y lo abrazó tan fuerte que lo tiró al suelo. Luego lo levantó, lo sacudió de las solapas y lo rezongó mucho por hacer algo tan peligroso.

Ruperto le confesó que lo había hecho por ella, porque estaba celoso. Ella le explicó que estaba cerca de Heriberto solo para hacerle la pierna a Giovanna, una rana amiga.

- —Ah, ¿por qué no me lo dijiste antes?
- —Es que no sabía que mi gordito era hasta capaz de volar por mí.
- —Eso no es nada, la próxima vez voy a llegar al otro lado del arroyo. Una vez, cuando era chico, lo hice en cañita voladora, pero esto es más divertido.

Todos aplaudieron y vivaron a Ruperto, el único sapo volador del mundo. Todos menos Heriberto, que estaba de trompa porque nadie le prestaba atención. Bueno, excepto la amiga de Tamara.

—No tenés que impresionarme, siempre vas a ser mi héroe —le dijo Tamara a Ruperto y una vez más los dos se alejaron tomados de la mano hacia el bosque lleno de florcitas, pajaritos, arbolitos, viboritas, lagartitos, comadrejitas, rinocerontecitos y otras cositas que suele haber en los cuentitos cortitos como este.



